

LA FLOR DEL DIABLO

Jörg Kastner



Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin la autorización escrita de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

Título original: Die Tulpe Des Bösen
Traducción: Julio Otero Alonso

© 2008 Jörg Kastner. Reservados todos los derechos
© 2010 ViaMagna 2004 S.L. Editorial ViaMagna. Reservados todos los derechos.
© 2010 por la traducción Julio Otero Alonso. Reservados todos los derechos.

© 2008 by Knaur Verlag, ein Unternehmen der Droemersch Verlagsantalt Th. Knaur Nachf. GmbH & Co. KG, München, Germany, www.droemer-knaur.de, represented by AVA International GmbH, Germany
www.ava-international.de

Los derechos de traducción de éste libro han sido gestionados por Ute Körner Literary Agent, S.L. Barcelona - www.uklitag.com

Primera edición: Enero 2010

ISBN: 978-84-92688-88-3

Depósito Legal: M-50708-2009

Impreso en España / Printed in Spain

Impresión: Brosmac S.L.

Editorial ViaMagna
Gran Vía de Carlos III, 84
Entresuelo 3º
Barcelona, 08028
www.editorialviamagna.com
email: editorial@editorialviamagna.com

Los sucesos de los viejos tiempos, en su mayoría, se esconden a hurtadillas tras la nublada sombra; en ocasiones dormitan en la penumbra más absoluta; a menudo incluso permanecen como muertos, rodeados por un profundo silencio. Por eso resulta tan laborioso mirar a través de su niebla; resulta casi imposible buscar una luz en su oscuridad, encontrar incluso su mudo cadáver.

Philipp von Zesen,
Descripción de la ciudad de Ámsterdam (1664)

MEDIDAS, SISTEMA MONETARIO, PODER ADQUISITIVO Y SALARIOS EN LOS PAÍSES BAJOS DEL SIGLO XVII

• *Pie: un pie equivale aproximadamente a treinta centímetros.*

• *Braza: una braza corresponde a seis pies.*

• *Pfennig: el pfennig constituía la menor unidad de cálculo en la composición de los precios; sin embargo, no se acuñaba ninguna moneda correspondiente. En aquellos tiempos circulaban monedas procedentes de los países más diversos, sobre todo en un polo de comercio global como Ámsterdam.*

• *Stuyver: un stuyver equivale a doce pfennigs.*

• *Florín: un florín se compone de veinte stuyvers.*

Una jarra de cerveza costaba aproximadamente lo que una libreta de pan, es decir, medio stuyver. El precio de una jarra de medio litro como recipiente (sin cerveza) ascendía a quince stuyvers. Una sábana costaba seis stuyvers y medio; una mesa, tres florines.

Un obrero cualificado cobraba al año 150 florines; un maestro o predicador, 200 florines; un fabricante de paños, 250 florines; un comerciante mediano, 1500 florines; y uno mayor, el doble.

Esto tan sólo son valores orientativos, lo realmente importante fueron el tiempo y el lugar. Una ciudad como Ámsterdam debió de ser un lugar bastante más caro con respecto a gran parte del resto de los Países Bajos.

EL TULIPÁN Y LOS NEERLANDESES

Se cree que los primeros bulbos de tulipán arribaron a los Países Bajos en 1562, más bien de manera fortuita, procedentes del Imperio Otomano. A bordo de un barco mercante, por alguna razón que se desconoce, atrapados entre fardos de paños. El sorprendido mercader de paños hizo lo que normalmente suele hacerse con las cebollas: ordenar que una parte de la inesperada mercancía se la sirvieran asada y aliñada con aceite y vinagre. Éste quedó tan complacido por el plato que enterró los demás bulbos en su huerto para poder comer más de ellos al año siguiente. Sin embargo, eso nunca iba a ocurrir, pues sus bancales le iban a sorprender en primavera con un maravilloso jardín multicolor de tulipanes (así al menos lo pretende la tradición oral).

La realidad es que el tulipán llegó Europa procedente del espacio de influencia otomana a lo largo del siglo XVI, y comenzó a expandirse con gran celeridad. En 1570 fue visto en Augsburgo, dos años más tarde en Viena, en 1582 en Inglaterra, en 1593 en Frankfurt, en 1598 en el sur de Francia. El tulipán halló amigos y entusiastas por doquier, no tanto como alimento (a pesar de que se piensa que al estudioso Carolus Clusius le encantaba ingerirlo confitado en azúcar), sino por su belleza. Sus adeptos quedaban encandilados por la amplia variedad de sus formas y en especial por sus colores, pero sobre todo por el hecho de que los

bulbos en ocasiones ofrecían ejemplares totalmente nuevos de pétalos.

Especialmente obsesionados por el tulipán se mostraban los neerlandeses, a quienes el mencionado estudioso Clusius acercó esta flor en el año 1593, cuando aceptó el cargo como profesor de botánica en la Universidad de Leiden. Los talentos neerlandeses no tardaron en convertir su pasión en un negocio, y durante las siguientes décadas el comercio con los bulbos de tulipán comenzó a registrar dimensiones insospechadas; el país entero sucumbió ante una auténtica tulipomanía. Por un solo bulbo de las variedades más escasas, las cuales se caracterizaban por una forma especialmente rara, se iban a pagar pronto mil, más tarde cinco mil, e incluso diez mil florines. Por esta suma hubiera sido posible adquirir una exquisita casa en el mejor lugar en el centro de Ámsterdam, frente a los canales.

Sin embargo, en 1637, la tulipomanía iba a hallar su inesperado fin cuando la demanda ya no igualaba la oferta. Un número cada vez mayor de especuladores que se habían enriquecido a través de la venta de bulbos, sin éstos siquiera llegar a sus propias manos, se quedaron sentados sobre sus haberes adquiridos a precios indeciblemente caros. Tanto grandes como pequeños comerciantes de tulipán cayeron rápidamente uno tras otro en la pobreza.

De pronto, el tulipán pasó a adquirir una mala fama. Bien es verdad que todavía hubo adeptos que continuaron comerciando con él, pero los precios fueron regulados por ley a partir de entonces.

Nunca más el tulipán conduciría a los Países Bajos al borde de un desastre. O eso se pensó...

PRÓLOGO

Lunes, 8 de mayo de 1671

La noche del 8 de mayo del año del Señor de 1671, Balthasar de Koning abandonó a hora tardía la taberna *Los tres tulipanes*. Se encontraba embargado en un estado de gracia, pues había resultado ser una reunión estimulante, y él no sabía que aquélla iba a ser la hora de su propia muerte.

Las conversaciones con sus amigos hicieron volar el tiempo en un abrir y cerrar de ojos; hacía ya largo rato que la noche había desplegado su oscuro manto sobre Ámsterdam. Sin las modernas lámparas de aceite, que ceñían las calles y canales de la ciudad desde el año anterior, el camino de regreso a casa hubiera sido hartamente complicado. Sin embargo, de este modo, el distinguido banquero podía estar tranquilo, y el simple recuerdo de su cama hizo que bostezara.

Soplaba una brisa fresca, y al repentino cansancio del banquero se sumó una ligera tiritona. Mientras se apretaba el manto sobre el pecho, su mirada recayó en el cartel de la taberna, que se balanceaba al son del viento con un silencioso tintineo: tres tulipanes enlazados entre sí; uno, tal como sabía a pesar de la oscuridad, tenía los pétalos rojos; otro, amarillos; y azules eran los del último.

Hacía tiempo, cuando todavía era un mozo, se podían ver carteles similares en casi cualquier rincón de Ámsterdam.

En los tiempos en los que tantos ciudadanos, hasta entonces modélicos, habían perdido todos sus bienes, o incluso su casa y servidumbre, durante la gran especulación del tulipán. Desde entonces, al tulipán, a pesar de no ser el responsable de toda esa locura, siempre le iba a acompañar esa mancha. De pronto, la bella e inocente flor se convirtió en un emisario del mal fario; prácticamente en una monstruosidad. Apenas unas pocas tabernas continuaban incluyéndolos en su nombre, pero Geert Willems, el tabernero de *Los tres tulipanes*, continuaba siendo, como en aquel entonces, un amigo de aquella excepcional flor, del mismo modo que Balthasar de Koning y los demás Admiradores del Tulipán, que se reunían en su taberna los lunes por la tarde.

Mientras De Koning enfilaba el camino hacia el dique, se congratuló por haber tenido un padre cuyo sano juicio financiero nunca se hubiera visto perturbado por la avidez insana de riquezas cada vez mayores. Él mismo siguió ese ejemplo y, de esa manera, los De Koning fueron capaces de ampliar lentamente su entidad bancaria. Ahora estaba entre las cinco o seis más prestigiosas de todos los Países Bajos. Poseía poder e influencias, pero también era consciente de su responsabilidad para con la joven república y las personas que vivían en ella. Se trataba de *su* país, y *Ámsterdam* era *su* ciudad.

Con cierta complacencia, paseó su mirada sobre las angostas fachadas de ladrillo cocido de las casas comerciales que se agolpaban en los canales cual perlas de una cadena. Allí se negociaba, desde la salida hasta la puesta de sol, el bienestar de *Ámsterdam*: se descargaban bienes en lanchas remolcadoras, se cerraban negocios, se aguardaban con impaciencia las nuevas de los buques en los que viajaban los productos de los mercaderes de *Ámsterdam* a través de medio mundo. Algún que otro buque no regresaba jamás, se perdía en mitad de la tempestad, a manos de nativos rebeldes o pira-

tas ingleses, pero el riesgo continuaba siendo predecible, sobre todo para aquel que supiera esparcir sus medios y no apostara todo (como antaño los obcecados por la tulipomanía) a un solo negocio.

A lo largo de todo el día, las personas se mostraban hacendosas, mientras que por las noches descansaban en compañía de la cerveza y el tabaco, la música y el baile. Balthasar de Koning no tenía nada que objetar, siempre y cuando las diversiones se mantuvieran dentro de un marco razonable. Mientras las personas pudieran olvidar por la noche durante unas horas los denuedos del día, menos les costaría levantarse a la mañana siguiente. Por eso se rió entre dientes cuando se topó sobre el puente delante de la iglesia Zuiderkerk con varios achispados que entonaban con alegría y entusiasmo, aunque fuera en los tonos más dispares, una canción sobre las travesías marítimas y las riquezas de lejanas costas.

Él se detuvo para dejar pasar a los valerosos cantantes, y prosiguió luego su camino. Sin embargo, al pie del puente se plantó de nuevo, pues allí, apostada bajo la sombra de la protuberancia de un muro, se encontraba una figura, lo justo para permanecer oculta de la luz de las farolas de la calle. No supo adivinar si se trataba de una mera coincidencia o de un acto totalmente premeditado pues, por desgracia, en Ámsterdam abundaba todo tipo de gentuza que evitaba la luz. Mientras continuaba pensando si sería conveniente llamar a voz en cuello a la guardia nocturna, la figura comenzó a moverse y se colocó ante él bajo la luz.

Aliviado, comprobó De Koning que no se encontraba ante un tenebroso ladrón callejero, sino que lo hacía ante una mujer que, para protegerse del viento, se había aferrado un pañuelo alrededor de la cabeza. ¿Acaso querría una meretriz acercarse a él para ofrecerle allí su cuerpo a cambio de unos pocos *stuyvers*? Pero entonces su mirada recayó sobre el largo cuchillo que pendía de su cinturón, uno de aquellos que

solían ceñirse las mujeres respetables durante la compra en el mercado para cortar en cada momento la cantidad necesaria de queso o mantequilla.

—Perdonad, mi señor —comenzó a decir la mujer con timidez—. Quizá podáis ayudarme. Me he perdido, y no quise preguntar a esos borrachos.

De Koning asintió comprensivo con la cabeza, pero a continuación arrugó dubitativo la frente.

—¿Os habéis perdido, señora? ¡Pero si os encontráis al lado de Zuiderkerk! Desde aquí, cualquier ciudadano de Ámsterdam es capaz de encontrar su camino.

—Puede que así sea, pero a mí no me sirve de nada porque no soy de Ámsterdam. Estoy de visita en casa de mi hermano para cuidar de su mujer enferma y ocuparme de sus hijos hasta que mi cuñada pueda valerse de nuevo por sí misma.

—¿Y adónde debéis ir?

—Al dique.

De Koning levantó el brazo derecho y señaló la dirección hacia la que se disponía a ir él de todos modos.

—Tenemos el mismo camino. Permitidme entonces que os acompañe.

La mujer sonrió.

—Eso me sería de gran ayuda. No las tengo todas conmigo a esta hora tan tardía, tan sola en una ciudad extraña.

—Ahora ya no estáis sola, señora. Me llamo Balthasar de Koning.

Él se inclinó ligeramente, y cuando volvió a incorporarse vio centellear muy cerca delante de él el filo del cuchillo.

—Sé cómo os llamáis —dijo la mujer con una voz sorprendentemente distinta, y clavó el cuchillo hondamente en su pecho.

CAPÍTULO 1

EL LABERINTO DE NOCHE

El Laberinto nunca estaba en silencio, ni siquiera en la noche más profunda. Las ásperas gargantas de los marinos, a todas luces no aptas para el canto, voceaban obscenas canciones de embriaguez. Los músicos comenzaron a tocar y entonaron sus flautas de bambú, sus laúdes y sus organillos como si quisieran comprobar quién iba a poner la mayor resonancia en el cielo. Las mujeres reían, demasiado fuerte y de forma estridente. Todo parecía estar cantando, estar rasgando el violín, estar gritando, incluso las paredes. Jeremías Katoen se imaginaba el Laberinto como un ser vivo, un animal de proporciones gigantescas que respiraba, devoraba, se emborrachaba, que nunca descansaba. Se alimentaba de aquellos que acudían allí en busca del esparcimiento trivial y la diversión barata, los sorbía junto con sus pequeñas añoranzas y nulas codicias hasta su interior y volvía a escupirlos como despojos desecados de carne desalmada.

—Creo que ahí vienen —dijo Jan Dekkert, quien escudriñaba el exterior a través de la minúscula ventana hacia las oscuras callejuelas del Laberinto.

El Laberinto: así llamaban a la maraña incontrolable de estrechas y esquinadas callejuelas del puerto, donde se apretaba un garito con otro y un honrado ciudadano podía

perder en cuestión de una noche su dinero, su honor y con suma facilidad incluso su vida. Allí, la vida de una persona no valía más que un puñado de *stuyvers*, varias jarras de cerveza o una jarra de licor anisado.

Katoen empujó a Dekkert con suavidad hacia un lado para mirar él mismo hacia la calle. A la casa se estaban acercando tres personas: dos hombres y una mujer. La mujer se había abrazado a uno de los hombres, le susurraba algo al oído y le acariciaba con la mano que le quedaba desocupada su bajo vientre. En un intento vano, Katoen se esforzó por reconocer los rostros de los tres individuos.

Desde hacía un año, las farolas alumbraban las calles de Ámsterdam, casi dos mil en total; pero allí, en el extrarradio de la ciudad, continuaba reinando la archiconocida oscuridad. Parecía como si el Laberinto se rebelara contra cualquier cambio, como si apretara todavía más sus angostas callejuelas para que ningún indeseado haz de luz se proyectara sobre los libertinos tejemanejes de la noche.

Al otro lado de la callejuela se encontraba un *music-hall*, *El gallo de oro*, desde donde se escuchaba la melodía mecánica de un organillo forzado en demasía. El claro halo de luz que traspasaba los grandes ventanales del local hacia el exterior iluminó por un momento a los tres viandantes tardíos. La mujer era un poco demasiado oronda, demasiado vieja y su rostro estaba quizá hinchado como para que un hombre, en su sano juicio, se hubiera quedado prendado de ella. Pero su acompañante no estaba en su sano juicio, de eso daba fe su caminar tambaleante. Había bebido cantidad suficiente como para considerar todavía bonita a la ramera más fea. Sus limpias y cuidadas ropas atestiguaban que no pertenecía a ese barrio. Un honrado artesano o mercader a quien el deseo de un poco de distracción de su dura jornada laboral lo había atraído hasta allí. Seguramente fuera el otro hombre quien se había encargado de sugerirle la realización de su deseo.

Éste era muy grande y fuerte, y totalmente dueño de sus sentidos. Su rostro ancho y huesudo parecía tenso, a pesar de que le sonriera al borracho y le gritara algún tipo de broma que para Katoen sucumbió bajo la rehilante cantinela del organillo.

Katoen se dirigió hacia su ayudante, quien permanecía mirándolo con expectación.

—Efectivamente, son ellos, Jaepke Dircks y Dela la Gorda. Con un pez tirando del anzuelo, que parece haberlo mordido con mucho agrado.

—Sí, totalmente deliberado —dijo Dekkert—. No es justo que permanezcamos toda la noche en vela por culpa de dos borrachines ansiosos de diversión.

—El afán de diversión no constituye un crimen, al menos no lo es ante las leyes mundanas; pero sí el robo. Y debido a que uno de los estafados es buen amigo del juez municipal, tal como me dio a entender Van der Zyl, deberíamos ponerle punto final a este engaño si queremos volver a dormir apaciblemente por las noches.

Cuatro hombres, en total, se habían quejado ante las autoridades de que se encontraban faltos de todos sus dineros cuando hubieron abandonado esa casa tras unas horas festivas, según lo había calificado uno de ellos. Seguramente habría más que hubieran sido desplumados, pero a más de uno las circunstancias más íntimas y «festivas» del suceso le habrían llevado a desistir de denunciar el asunto.

Katoen no sentía piedad alguna por ellos. Cualquier hombre adulto debería saber en qué se embarcaba. Aquel que se adentraba en la bulliciosa corriente del Laberinto debía barajar la posibilidad de hundirse. Pero, como uno de los inspectores de la ciudad de Ámsterdam, estaba obligado a obedecer las instrucciones del juez municipal. Por otro lado, sentía curiosidad y quería averiguar la forma de proceder de Dircks y su fulana. Ninguno de los desvalijados que habían presentado denuncia ante las autoridades se había percatado

del auténtico procedimiento del robo. Cada uno de ellos había descubierto siempre momentos después que el interior de su talega sólo estaba relleno de aire.

Los dos hombres y la mujer desaparecieron bajo la entrada de la casa, y con ello del campo visual de Katoen. En cambio, ahora se les escuchaba mucho mejor mientras ascendían con estruendo por las escaleras y se detenían finalmente delante de la puerta de la habitación contigua. Se pasó a escuchar el movimiento de giro de una llave, y la puerta de al lado se abrió de par en par con un agudo chirrido.

Katoen cogió una de las dos sillas cojas que, junto con una mesa y una cama de calidad dudosa similar, formaban todo el mobiliario de la estancia en alquiler y la colocó junto a la pared medianera a la habitación de al lado. Él se sentó y se inclinó hacia delante hasta que pudo mirar a través del pequeño agujero que Dekkert había taladrado una hora antes en la gruesa pero apolillada madera. La suerte se alió con ellos, pues muchas de las antiguas casas del puerto, para cuya construcción se utilizó madera principalmente, continuaban vacías. En Ámsterdam, desde hacía muchos años, cualquier edificio de nueva construcción debía utilizar ladrillos cocidos con el objeto de reducir el peligro potencial de las llamas de un incendio.

En la habitación aneja, Jaepke Dircks encendió la llama de una pequeña lámpara que descansaba sobre la solitaria mesa, al lado de una abombada botella y tres jarras de loza sin decorar. A continuación agarró la botella y llenó los vasos.

—¡A su salud, señor! ¡Bebed sin miedo, la buena ginebra corre de mi cuenta!

Dela la Gorda, curtida en la bebida, fue la primera en vaciar su vaso y se afanaba ahora entre las ropas de su pretendiente, por lo que Katoen no tenía claro si sus movimientos ligeramente inquietos debían servir para excitar o

desvestir al hombre. Éste, sin embargo, se sintió por lo visto pillado por sorpresa y tropezó dos pasos hacia atrás.

Dircks posó entre risas su vaso.

—¡No tanta prisa! Primero los negocios y después la diversión. Habíamos llegado a un acuerdo acerca del precio, señor. ¿Querriáis tener la amabilidad?

—Por supuesto —dijo el pretendiente, arrastrando la lengua. A continuación expelió un poderoso regüeldo y rescató una escarcela de cuero; varias monedas se deslizaron a las manos del alcahuete—. Treinta *stuyvers*, según lo acordado.

Dircks hizo desaparecer las monedas en la faltriquera de su jubón y señaló la cama situada en la parte posterior de la habitación.

—Acomodaos, señor, para que Dela pueda beneficiaros. No os arrepentiréis.

El pretendiente colocó la escarcela de nuevo debajo de su jubón. A caballo entre su propia voluntad y los zarandeos de Dela, cayó sobre la cama y la meretriz le bajó los greguescos hasta las pantorrillas. Sus fuertes manos pasaron a agarrar su miembro y comenzaron a frotarlo.

Él cerró los ojos. Su respiración se hizo más intensa y comenzó a jadear plácidamente a intervalos regulares. La ramera prosiguió, exacta como la maquinaria de un reloj, hasta que el hombre acabó con su miembro rígido y duro irguiéndose hacia las alturas.

Durante todo este tiempo, Jaepke Dircks continuó sentado en la mesa de enfrente, sorbiendo de vez en cuando de su ginebra y observando aburrido el gatuperio sobre la cama. Si la sospecha de Katoen era cierta, éste observaba siempre lo mismo noche tras noche, y los treinta *stuyvers* en concepto de pago por la meretriz era lo mínimo que ganaba con ello.

Dela la Gorda soltó por un momento a su pretendiente y se subió las faldas hasta sacar a relucir sus posaderas al desnudo. ¡Y menudas posaderas! Dos poderosas y rosáceas bolas de carne cuyo peso Katoen no se atrevió a aventurar.

Dekkert, quien durante todo ese tiempo había permanecido sentado en la segunda silla al lado de Katoen, se inclinó hacia delante y le susurró al oído:

—¿Qué os ocurre? Parecéis muy asustado.

—Vos también lo estaríais si os hubieran presentado semejantes jamones —respondió Katoen a su vez entre susurros.

—¿Jamones? —Los ojos de Dekkert se entornaron y comenzó a acariciarse la barriga—. Eso me recuerda que no he comido nada desde hace horas.

En la habitación contigua, la meretriz alzó su pesado cuerpo con asombrosa habilidad sobre el pretendiente y comenzó a moverse arriba y abajo, a un ritmo que la experiencia acumulada durante otras mil noches la había enseñado. El hombre comenzó a gemir más alto y la parte inferior de su cuerpo se unió a su cadencia.

—¡Qué bien lo hacéis! —jadeó Dela sin entusiasmo—. ¡Nadie sabe hacerlo tan bien como vos!

Un doble gemido fue la respuesta.

Ella aceleró la velocidad de sus subidas y bajadas mientras su amplio trasero golpeaba una y otra vez en los muslos del hombre. Sus jadeos se convirtieron en un gemido continuado cuando se enarboló y aferró a los brazos rollizos de Dela. Con los ojos abiertos de par en par miró hacia el techo enmohecido de la habitación y expulsó su semen, tan laboriosamente rescatado, en el regazo de la meretriz.

—Por fin —dijo Katoen de forma apenas audible. Para él este enredo era algo completamente repugnante; él hubiera preferido que se desterraran todas las ramerías, sin excepción, de Ámsterdam.

En cuanto su pretendiente se hubo tranquilizado, Dela la Gorda puso fin a sus esfuerzos. Ella se deslizó del hombre y se tendió a su lado. Por fortuna —al menos así lo consideró Katoen—, volvieron a deslizarse las faldas sobre su inmenso trasero. Con un pañuelo salpicado de manchas, que

había rescatado de entre sus pechos, secó la frente sudada del hombre.

—Habéis estado maravilloso —dijo melosamente—. Nadie me lo había hecho tan bien como vos.

Él, en cambio, farfulló algo que sonó a algo así como «por desgracia ya terminó», y se aprestó para bajarse de la cama. Pero Dela lo agarró con diligencia y lo detuvo.

—¡No querréis iros ya! La noche aún es joven. Descansad un poco y después podréis hacerlo otra vez. No os preocupéis, está incluido en el precio. Mientras hablaba sacó a relucir uno de sus pesados, pero ya no tersos pechos, y se lo metió a su pretendiente en la boca. Con suavidad le acarició el cabello ralo como una madre que acuna a su niño—. Relajaos, señor. Dormid un poco para que vuestras fuerzas regresen a vos.

Habló tan en silencio, con tanta suavidad, que Katoen, por un pelo, se hubiera dormido a su vez instantes después. Su pretendiente mantuvo los ojos cerrados. Durante un rato chupó del pecho de Dela cual bebé hambriento; poco después su cabeza se cayó hacia un lado y permaneció inmóvil. La parte inferior de su cuerpo continuaba desnuda mientras su relajado miembro pasó a tener un aspecto literalmente apesadumbrado. Parecía estar realmente durmiendo, de lo cual el licor copiosamente ingerido atesoraba presumiblemente la mayor parte de culpa.

Dela levantó la cabeza y miró hacia el alcahuete, que le asintió con la frente, divertido. A lo que ella alargó su mano derecha hacia el cabecero de la cama, encogió el dedo índice y golpeó en silencio con el nudillo contra la pared mientras, al parecer, seguía un ritmo concreto.

Ni medio minuto más tarde se hizo un agujero en la pared, a través del cual algo se asomó entre apretujones y se dejó deslizar hasta la habitación sin hacer ruido. Jeremías Katoen había visto bastantes cosas durante sus largos años de

servicio como protector del orden, pero esta escena en concreto hizo latir su corazón con mayor rapidez. La luz de la lámpara de aceite era demasiado débil como para reconocer lo que había surgido de la pared. Un ser vivo, sin duda; pero si era animal o humano, eso permaneció oculto tras la sombra situada más allá de la cama. ¿Acaso pudo haberse tratado de un ser humano? El agujero de la pared no era ni por asomo lo suficientemente grande para un adulto, sólo un niño podría deslizarse a través de él, siempre y cuando no se tratara de un lactante.

Con cuidado, Dela la Gorda comenzó a registrar las ropas de su pretendiente hasta que al fin sostuvo la faltriquera en la palma de la mano. Con un movimiento ágil el ser, que permanecía acurrucado detrás de la cama, atrapó la escarcela. Esto ocurrió con tal velocidad que Katoen no acertó a ver si fue una mano humana o una garra la que se había alargado para aferrar el monedero. El ser regresó sobre sus pasos, se delizó por el agujero y lo cerró, al parecer por medio de un sencillo mecanismo.

La meretriz había cumplido su misión y descendió rodando de la cama, que se lamentaba considerablemente bajo su peso. Su víctima ladeó un poco la cabeza, pero continuó con los ojos cerrados. El sueño reparador mantenía al embriagado atrapado y agotado.

Katoen saltó de su silla y espetó:

—Ha llegado el momento, Dekkert. ¡Avisad a Kampen!

Dekkert se apresuró hacia la ventana y la abrió de un manotazo para alarmar con una discreta llamada a su colega de la calle, que se mantenía oculto en un angosto pasaje al lado de *El gallo de oro*. Entre tanto, Katoen tomó de la mesa las dos pistolas de doble cañón y las comprobó antes de entregarle una a Dekkert. Ambos echaron a correr hacia el pasillo, y en ese mismo momento Jaepke Dircks abrió la puerta de la habitación contigua.

Dirks se sorprendió al avistar los cuatro cañones de pistola, pero se sobrepuso con asombrosa rapidez a la nueva situación y se obligó incluso a mostrar una sonrisa.

—Vaya, ¿no estaré de caza en coto ajeno, amigos? Tened por seguro que no era mi intención acercarme demasiado a vos. Seguro que podremos llegar a un acuerdo.

Su mano derecha se deslizó hacia la faltriquera del oscuro jubón.

—¡Deja la mano donde está si no quieres que te la destroce de un disparo! —ordenó Katoen.

Dircks continuó sonriente todavía, pero un intenso temblor en la comisura de sus ojos delató la desazón que sentía en realidad.

—Vos no me habéis entendido bien, amigo. Quería rescatar mi bolsa para repartir con vos mis ganancias. Yo no sabía que este territorio ya estuviera ocupado. Pensándolo bien, podéis quedaros con todo. Como pequeña compensación por las molestias que os haya podido causar.

—No somos tus amigos —gruñó Katoen—. Soy el inspector Jeremías Katoen, al servicio del juez municipal de Ámsterdam, y éste es mi alguacil Jan Dekkert.

—A pesar de ello podéis quedaros con mis ganancias, e incluso contribuiré con algo más. No en vano sé que a los hombres del juez no se les paga precisamente en abundancia.

Dircks señaló con el pulgar hacia la meretriz que, con un pecho todavía al aire, se había colocado detrás de él y que con cada bocanada de aire expulsaba una nube de licor barato y de dudosa calidad.

—Si lo deseáis, podéis divertirlos incluso con Dela la Gorda, de balde. Uno detrás del otro o ambos a la vez, cómo deseáis.

—¿Quiénes son estos tipos? —preguntó Dela—. ¿Más trabajo para esta noche?

—¡Cierra la boca! —la increpó el alcahuete.

Katoen se hizo cargo de la pistola de llave de rueda con doble cañón de Dekkert, y el joven alguacil se dispuso a colocarles a los dos los grilletes de hierro, uniendo la mano derecha de Dircks a la izquierda de Dela. A continuación les registró y rescató de la caña de la bota de Dircks una daga de hoja larga y acabada en punta. Asimismo se hizo con la bolsa bien repleta del alcahuete antes de que Katoen le devolviera la pistola.

El pretendiente, que se había despertado por el ruido, se frotó los ojos con el antebrazo y se bajó reptando y jadeando de la cama. Debido a que no recordaba que le habían bajado los greguescos, nada más echar a andar, cayó de bruces. Profirió varios juramentos en alto, se incorporó de nuevo y se subió los pantalones. Katoen calculó su edad entre cuarenta y cinco y cincuenta años. Seguramente le estarían esperando en su casa una esposa y una horda entera de hijos. Los ojos del hombre se convirtieron en rendijas mientras intentaba calibrar la situación.

Antes de que fuera siquiera capaz de plantear una pregunta, Katoen dijo:

—Os han robado, señor, su faltriquera ya no está —Con la mano izquierda señaló en dirección a la triste estancia de la ramera—. Esto es una trampa.

Ahora el hombre pareció haberse despertado por completo. Presuroso, tanteó su jubón y el chaleco en busca de la escarcela.

—Quizás sea capaz de rescatar vuestros dineros —prosiguió Katoen—. ¡Esperad aquí!

Mientras Dekkert permanecía apostado junto a los prisioneros y el pretendiente esquilmado, Katoen se dispuso a abandonar la casa. Muchas de las puertas de las diferentes estancias que, con tras ruido, habían sido entornadas, se cerraron con rapidez en cuanto pasó por delante de ellas. Allí se

hallaba todavía mayor cantidad de chusma huraña a la luz, y a buen seguro más de un honrado ciudadano descarriado; en cualquier caso, nadie tuvo especial empeño en toparse con el inspector municipal.

Fuera, en la apretada callejuela, la brisa salada que soplaba hacia el interior del país se hallaba impregnada por el hedor de las secreciones procedente tanto de los humanos como de las bestias. El Laberinto era una de las zonas de peor reputación de toda Ámsterdam, y así era también su hedor. A Katoen le hubiera gustado contener la respiración.

—¡Aquí!

El grito procedió desde el flanco izquierdo. Katoen reconoció la voz un tanto afilada de Joris Kampen. El alguacil se encontraba de pie en el pasaje al lado de la casa, necesitada de una reforma, de la que acababa de salir Katoen, agitando los brazos. Cuando Katoen se hubo acercado, vio cómo Kampen mantenía su pistola apuntando en dirección a un enrejado de madera al final del pasaje. El alguacil, se secó con la manga el sudor de la frente, y en su ancho y ligeramente pastoso rostro aparecieron gestos de alivio.

—Menos mal que estáis aquí, señor Katoen. Esa cosa es endiabladamente rápida. Tan sólo la aparición de mi pistola le ha hecho desistir de salir corriendo a mi lado. Ahora permanece acurrucado en aquel cobertizo. Tan sólo el Todopoderoso sabrá lo que estará maquinando en estos momentos.

—¿Una cosa? ¿De qué habláis?

—¡Si lo supiera...! Está muy oscuro, apenas puede verse nada. Al principio lo tomé por una persona, pero a continuación pensé de nuevo que sería un animal. Un felino quizás, o un gran mono. En cualquier caso era ágil como un animal cuando se escabulló encaramándose por la pared. ¡Hemos de tener cuidado para que no se lance sobre nosotros!

—Entonces, mejor llamaremos a la guardia nocturna para que nos eche una mano —propuso Katoen, quien hizo aparecer una carraca de madera y la movió en círculos gracias a un movimiento ejercitado cientos de veces con anterioridad.

El penetrante ruido alertó a los guardias que patrullaban de noche las calles y los canales de Ámsterdam, y pronto Katoen contaba con casi dos docenas de hombres armados a su disposición. Una de las patrullas llevaba consigo un perro, un enorme animal de pelaje negruzco y una impresionante mandíbula.

Katoen ordenó a los hombres que formaran una estrecha barrera delante del pasaje y se acercó, con la pistola todavía en la mano, al ladeado cobertizo. Los tablones habían sido fijados con tan poco esmero que su mala unión dejaba a la vista unas amplias rendijas. A pesar de ello, le fue imposible reconocer quién o qué se ocultaba ahí dentro. El pasaje era bastante oscuro, pero dentro del cobertizo la negrura era total.

La puerta estaba sólo entornada, pues carecía de cerradura. Por lo visto no se trataba de un lugar donde se guardaran tesoros precisamente. Con la pistola en la mano derecha, abrió lentamente la puerta con la izquierda. Se escuchó un silencioso y acelerado respirar, como el de un animal que, viéndose arrinconado, se recluye embargado por el pánico en un oscuro rincón. Pero lo único que vio fueron unos cuantos sacos en el suelo.

—¡Una linterna! —gritó.

Uno de los centinelas se acercó y la luz titilante de su linterna se proyectó hacia el interior del cobertizo. Una figura permanecía acurrucada en el último rincón. «Como un caracol que se ha retirado en su concha», pensó Katoen. Pero este ser no disponía de concha en la que resguardarse. Estaba completamente desnudo. Sus piernas y brazos eran delgados, literalmente famélicos, y parecían tan frágiles como su delgado cuerpo. De la cabeza, oculta entre las manos, sólo quedaba

a la vista el largo cabello, oscuro y enmarañado, igual de mugroso que el resto del cuerpo.

Delante de Katoen se encontraba en cuclillas un ser humano, un niño, un muchacho de quizás ocho o nueve años. Nunca antes se había encontrado el inspector con un mortal que le hubiera recordado más a un animal salvaje. No se trataba únicamente de la mugre. Todo el porte de su tendinoso cuerpo se asemejaba al de un animal, y sus ojos, que le estaban observando a través de los dedos separados delante del rostro, no parecían reflejar emoción humana alguna. Lo que Katoen leyó en ellos fue tan sólo el miedo de la fiera apresada y el deseo desesperado por encontrar una salida.

El muchacho se hallaba abrazándose las rodillas con los brazos; una mano continuaba aferrada al monedero robado, la presa del felino. Katoen señaló la escarcela de cuero con la mano que le quedaba libre.

—¡Dame la faltriquera, muchacho!

Habló con serenidad, pero con firmeza. Pero el niño no se movió; más bien mantuvo aterrado su mirada clavada en el doble cañón de la pistola que lo estaba apuntando. Katoen descendió el doble cañón.

—No voy a hacerte nada. ¡Pero debes darme el monedero, no te pertenece!

Muy lentamente el muchacho se movió, y al fin una mano temblorosa alargó hacia las alturas la escarcela. Katoen se hizo con ella, la guardó y quiso tomar la mano del niño, pero éste dio un respingo y volvió a encoger la mano con una vertiginosa rapidez.

—¡No! —lloriqueó—. ¡No me golpeéis, por favor!

—Yo no te voy a golpear. Nadie te golpeará, eso te lo prometo. ¡Pero ahora debes salir afuera!

Katoen retrocedió varios pasos hasta situarse de pie fuera del cobertizo. Quizás el niño se sintiera de este modo menos amenazado. En efecto, el pequeño ladrón se levantó

dando tumbos, y en ese momento pudo Katoen vislumbrar lo enjuto que realmente era. A pesar de ello, para él continuaba siendo una incógnita cómo el niño podía haberse deslizado a través del pequeño agujero en la pared. Decidió investigarlo con mayor detenimiento más adelante.

Con paso prudente, tiritando de los pies a la cabeza, fue saliendo el desnudo muchacho al exterior, bajo el resplandor de la linterna.

Mientras Katoen se encontraba absorto en su reflexión de dónde conseguir algunas ropas para el muchacho, los acontecimientos se sucedieron de repente. El perro se soltó del guardia que le mantenía atado con la correa y se arrojó entre fuertes ladridos sobre el cobertizo. Para ello abatió sin previo aviso al hombre de la linterna. Incluso rozó a Katoen, con tal vehemencia que el inspector comenzó a tambalearse.

De un gran salto, el perro aterrizó sobre el muchacho, arrojándolo consigo al suelo. Juntos dieron una voltereta. Aquello tenía seria pinta de ser una lucha a brazo partido. Sin embargo, el muchacho no era capaz de plantarle cara a la bestia. El animal lo derribó y abrió sus babeantes fauces para hacerle añicos el cuello. Katoen alzó la pistola, aferrándose a ella con ambas manos, y disparó ambos cañones a la vez.

Hacía rato que la doble explosión se había acallado cuando el humo de la pólvora todavía continuaba haciendo que se le saltaran las lágrimas. Katoen se pasó la manga por la cara y miró esta vez con mayor atención. Delante de él se encontraban tendidas dos figuras inanimadas, el niño y el perro. El plomo procedente de su pistola, disparado a esa distancia tan corta, descompuso el cráneo canino en innumerables fragmentos. Trozos de piel y hueso aparecían pegados por doquier, incluso sobre el cuerpo desnudo del muchacho, que comenzó a temblar de nuevo. «¡Al menos sigue con vida!», pensó.

Katoen alargó la pistola recién disparada a Kampen, que permanecía de pie con la boca abierta, y ayudó al niño a

ponerse en pie. El muchacho, rociado por la sangre y los restos del perro sacrificado, guardaba en esos instantes aún mayor similitud con un animal salvaje. Katoen envió a uno de los hombres de la guardia nocturna a la casa para conseguir una manta de alguna de las habitaciones. Poco después, el hombre regresó con un fragmento agujereado de lana que Katoen colocó alrededor de los estrechos hombros del niño.

El centinela que un momento antes sostenía al perro de la correa pareció comprender en ese instante lo ocurrido. Entonces se adelantó varios pasos y clavó la mirada con los ojos abiertos como platos sobre los tristes restos del animal. Su inicial terror se transformó rápidamente en ira, y le espetó a Katoen:

—¿Cómo habéis podido hacerlo? ¡Lo habéis matado sin más, a mi Hans!

—El perro habría descuartizado al niño.

—¿Y qué? Mi Hans era un valioso animal, mucho más de lo que es este niño callejero. ¡Si él tampoco es más que un animal!

El niño no dio a entender si se sentía afectado por las palabras del guardia. A buen seguro debía de haber soportado en el pasado todo tipo de vejaciones.

—Es un ser humano —contradijo Katoen—; vuestro Hans, por el contrario, era un animal, y además peligroso. ¡Vos debíais haberlo vigilado mejor, hombre! ¿Acaso necesito escribir un informe de que el perro se ha soltado por culpa de vuestra negligencia y ha tenido que ser disparado?

Katoen había levantado la voz y el guardia cedió bajo sus palabras cual latigazos.

—No, está bien —dijo entre dientes, y regresó junto a sus camaradas.

Katoen no reparó más en él y se dirigió de nuevo hacia el muchacho, que continuaba temblando de arriba abajo.

—¿Cómo te llamas?

Los ojos situados bajo la maraña de pelos escudriñaron al inspector municipal con una mezcla de temor y desconcierto; parecía como si el niño desconociera su propio nombre. Por dos veces repitió Katoen la pregunta, pero no obtuvo respuesta alguna. ¿Acaso el niño estaba tan atemorizado que no se atrevía a contestar, o de veras cabía la posibilidad de que no supiera quién era?

Katoen, que se había colocado en cuclillas delante del niño, volvió a incorporarse con un suspiro.

—Está bien, entonces te llamaré Félix. Félix el Afortunado. Pues hoy has tenido suerte, según me parece, y espero que te aguarden tiempos más felices de los que seguramente hayas pasado.

En los sótanos del nuevo ayuntamiento olía a sudor y excrementos, a decadencia y temor. Eran muchos los que habían confesado allí sus fechorías, y Jaepke Dircks no iba a ser una excepción, de eso estaba seguro Jeremías Katoen. Joris Kampen se preparó para el siguiente golpe. El cuero silbó brevemente por los aires y se hundió con un ruido chasqueante entre las carnes del alcahuete. Una estría ensangrentada más en la espalda, y Dircks lanzó un alarido mientras se retorció de dolor.

Las leyes de Ámsterdam sólo permitían azotar a personas que ya hubieran sido condenadas, pero nadie allí abajo se lo tomaba al pie de la letra. El látigo era a menudo el único medio para hacer hablar a un obstinado granuja. Todo el mundo lo sabía, y nadie se alarmaba por ello. No en vano a este lugar se le conocía comúnmente como «El sótano de los azotes».

Katoen agarró al detenido por el rubio cabello y tiró sin florituras de su cabeza hacia atrás hasta ver su semblante empapado en sudor. La ira que leyó en la mirada de Dircks no

fue capaz de sobreponerse al dolor. No era de extrañar, el látigo había quebrado la voluntad del hombre.

—Tengo la impresión de que ahora vas a querer hablar. ¿O acaso me equivoco?

Dircks respiraba con dificultad y sus labios temblaban; la sangre manaba del labio inferior tras mordérselo a causa del sufrimiento.

—¿Tengo otra alternativa? De lo contrario, vuestro alguacil me despedazará entero. ¿Qué queréis saber?

—Quiero una confesión, alcahuete. Yo no me creo que hoy fuera la primera vez que robaste a un pretendiente. La entrada secreta a la habitación... demasiado trabajo para una sola ocasión.

Para Katoen continuaba siendo un enigma que al muchacho, a quien había llamado Félix, le hubiera sido posible apretujarse a través de aquel hueco. Él mismo había visto la perforación, en la medida en que eso fue posible a partir de ambos accesos, y habría podido jurar que ni siquiera aquel escuálido niño cabía por él.

—Está bien, lo confieso. No era la primera vez.

—¿Entonces?

—No las he contado. Nueve o diez hombres lo habrán hecho con la Dela desde que me pertenece el niño-serpiente.

—¿El niño-serpiente?

—El muchacho.

—¿Cómo se llama?

—No tengo la más remota idea. Además, ¿qué importa? El viejo feriante al que se lo compré lo llamaba el niño-serpiente porque es capaz de contornearse como una serpiente. Es capaz de meterse por cualquier sitio, jamás he visto cosa igual.

—Y eso te llevó a la idea de no sólo prostituir a Dela la Gorda, sino de sustraerles a sus pretendientes, de paso, todos sus dineros. Y si alguien hubiera echado en falta su fal-

triquera, hubiera podido registrarte a ti y a Dela con total tranquilidad. Ninguno de vosotros dos tenía nada que temer.

—Sí, así es. —Dircks contrajo su boca hasta formar una sonrisa totalmente fuera de lugar—. Por cierto, muchas gracias, señor inspector.

—¿Por qué?

—He oído que habéis disparado a uno de vuestros propios perros para salvar al muchacho. Os lo agradezco, ese pequeño y sucio bastardo me ha costado cinco florines y medio.

—Apuesto a que te ha hecho multiplicar lo invertido. —El centelleo de los ojos del preso confirmó las sospechas de Katoen—. En cualquier caso, eso se ha terminado, Dircks. El muchacho permanecerá a partir de ahora bajo la tutela de las autoridades.

—¿La tutela de las autoridades? —Dircks lo repitió por entero muy lentamente—. ¿Qué significa eso?

—Lo he llevado a un orfanato.

Katoen fue incapaz de sacudirse el recuerdo del joven durante la despedida. Desde que lo había atacado el perro, Félix había permanecido sin decir palabra. Sin ofrecer resistencia alguna permitió que lo condujeran al orfanato, pero cuando Katoen se disponía a alejarse, el niño se le quedó mirando como hace un náufrago con la mano tendida de su salvador. Quizás lo pasara mal al principio, pero en el orfanato estaría cien veces mejor que con Dircks o en el *Rasphuis*¹, el correccional para hombres y niños.

—¡No teníais derecho a hacer eso! —graznó Dircks—. ¡El niño-serpiente me pertenece!

—De buena gana continuarías tus sucios negocios a costa del muchacho, ¿verdad?

Dircks quiso arrojarle algo a la cabeza, algún reproche o insulto, tal como delataba su semblante; pero luego se dominó y, con toda serenidad y sin el más mínimo tono mordaz subyacente, dijo:

1- [N. del T.] Especie de correccional fundado en Ámsterdam en 1596 y destinado en sus orígenes a mendigos y hombres jóvenes. (Michael Foucault, *Vigilar y castigar: Nacimiento de la prisión*, pág. 125).

—No, claro que no. Soy un pecador arrepentido.

Esta insolencia le supuso otro latigazo, y a Katoen no le importó en absoluto que su alguacil alzara el cuero. Esa gentuza no merecía piedad alguna. Pero el dolor desaparecería y —al menos eso se temía el inspector municipal— no dejaría ninguna huella permanente en el alcahuete.

Katoen le colocó a Kempen una mano sobre el hombro.

—Podemos dejarlo por ahora y concedernos un poco de descanso. La noche ya casi se ha acabado. —Y, dirigiéndose hacia Dircks, dijo—: ¡Y tú no te olvides de repetir mañana tu confesión ante el juez!

Dircks clavó en él su mirada, que parecía decir: «Desearía que todos los males de este mundo te sobrevinieran».